

Montserrat Jiménez Sureda *Prisioneros de guerra y campos de concentración en España durante la guerra contra la Convención (1793-1795)*

Miguel Correa Cronemberger

Universitat Autònoma de Barcelona, Espanya

Reseña de Jiménez Sureda, M. (2022). *Prisioneros de guerra y campos de concentración en España durante la guerra contra la Convención (1793-1795)*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, 262 pp.

Si el árbol de la Francia de la Convención era el árbol de la libertad, ¿cuál hubiera sido el árbol de la España de entonces? ¿El árbol de la servidumbre, de la opresión? Desde el punto de vista temporalmente distante que se ofrece en *Prisioneros de guerra y campos de concentración en la guerra contra la Convención (1793-1795)* vemos que, pese las diferencias en los discursos, en tiempos de guerra, los dos países tenían troncos esencialmente parecidos; la libertad, la igualdad y la fraternidad en el árbol de Francia no florecían tan apasionadamente como se decía. Un supuesto árbol de España no hubiera sido el cúmulo de la tiranía. Como pasa con la mayoría de dicotomías, la frontera que trazan nunca es totalmente clara.

La autora pone de relieve partes hasta cierto punto desconsideradas por el imaginario común de lo que es una guerra, opuesta a las glorias que uno podría idealizar. Si mantenemos una simbología botánica, la autora ve más allá de los árboles y destaca en su libro la



Edizioni
Ca' Foscari

Submitted 2024-03-14

Published 2024-06-26

Open access

© 2024 Correa Cronemberger | 4.0



Citation Correa Cronemberger, M. (2024). Review of *Prisioneros de guerra y campos de concentración en España durante la guerra contra la Convención (1793-1795)* by Jiménez Sureda, M. *Rassegna iberistica*, 47(121), 239-242.

DOI 10.30687/Ri/2037-6588/2024/22/014

239

singularidad de cada hoja como participante en la historia, sobre todo las hojas que los vientos bélicos condujeron a la sombra de ramas extranjeras: los que quedaban prisioneros de un conflicto que, como personas, inevitablemente estaban destinados a perder. Tras fuertes vientos, las raíces de los árboles pueden haberse mantenido firmes, pero ¿en detrimento de cuantas hojas caídas?

La guerra fue una, mas cada uno que tomó parte en ella, vivió una guerra distinta. Hubo las que se quedaron en su árbol administrando las hojas ajenas, las que primero cayeron, las que se creían distintas, las que intentaron huir, las desertoras. Cada una hizo un trayecto único en el aire hasta caer, secar y descomponerse. Lo podemos observar en la diversidad de experiencias vividas relatadas en estos capítulos. No obstante, ¿cuántas no restaron anónimas? ¿Cuántas otras no fueron invisibilizadas? El libro recuerda que solo porque hay escasa documentación, no quiere decir que las mujeres y los niños, por ejemplo, no sufrieran la guerra. Ver hasta las hojas invisibles: un esfuerzo necesario para una comprensión transversal de la palabra guerra.

El destino de muchas de las hojas cargadas (rara vez voluntariamente) por los vientos beligerantes eran los campos de concentración, una estructura para controlar, privándoles de libertad, pilas y pilas de hojas extranjeras que crecían con el tiempo. De las preguntas posibles, la más humana: ¿Cómo era vivir ahí? O, mejor dicho, ¿cómo era sobrevivir ahí? La respuesta de estas preguntas sea tal vez comprensible solo para quienes lo sintieron en su piel. No obstante, ésta es justamente la ambiciosamente necesaria propuesta del libro: acercarnos a lo que realmente fue (y es) una guerra a partir de una historiografía detallada, que incluye el factor humano.

Traslados, burocracias, enfermedades, conflictos internos, deudas, jerarquías, precariedad, agresiones. Si la tonalidad verde resistía era por la esperanza de liberación. La autora, pero, resalta que, en contraste con los más conocidos ejemplos de campos de concentración, en los campos de finales del siglo XVIII ninguna hoja fue pisoteada, estropeada o quemada hasta el punto de olvidarse de que era una hoja. Suponían que hasta los prisioneros enemigos tenían cierta dignidad y honor, incluso se permitieron ciertas concesiones a algunos. Tardarían algunos otoños para que se integrase sistemáticamente la deshumanización de los prisioneros de guerra, cosa que refleja la dificultad de hablar de progreso en la historia del *Homo sapiens*.

¿Por qué los vientos bélicos soplan? Estas corrientes de aire superan la voluntad de las hojas comunes y acaban cambiando sus destinos. Además, en su momento, las separó en distintas categorías: súbditos y *citoyens*, *émigrés* y patriotas, republicanos y monárquicos, dominantes y sumisos. Sin embargo, al final eran todas hojas. Por más que se quisiera remarcar las diferencias, vemos que los dos pueblos separados por los Pirineos en su mayoría se encontraban en

condiciones análogas. Por este motivo, podríamos decir que somos un tipo peculiar de hoja; construimos una identidad a partir de un relato. Pero como las hojas, nuestras vidas son delicadas y frágiles, y basta con un soplo para que se sieguen decenas de vidas.

La frase que precede las conclusiones ejemplifica la tónica de la historia de los humanos: «No había liquidado lo de Francia cuando los centros de detención se llenaban de ingleses» (251). Los vientos de la guerra no han cesado nunca. ¿Dejarán de soplar algún día? Es un interrogante a la humanidad que queda implícito tras la lectura del libro, una cuestión que sigue resonando entre las hojas de los árboles de distintas naciones. Este relativamente corto fragmento historiográfico ayuda a comprender la enorme complejidad propia a las guerras.

